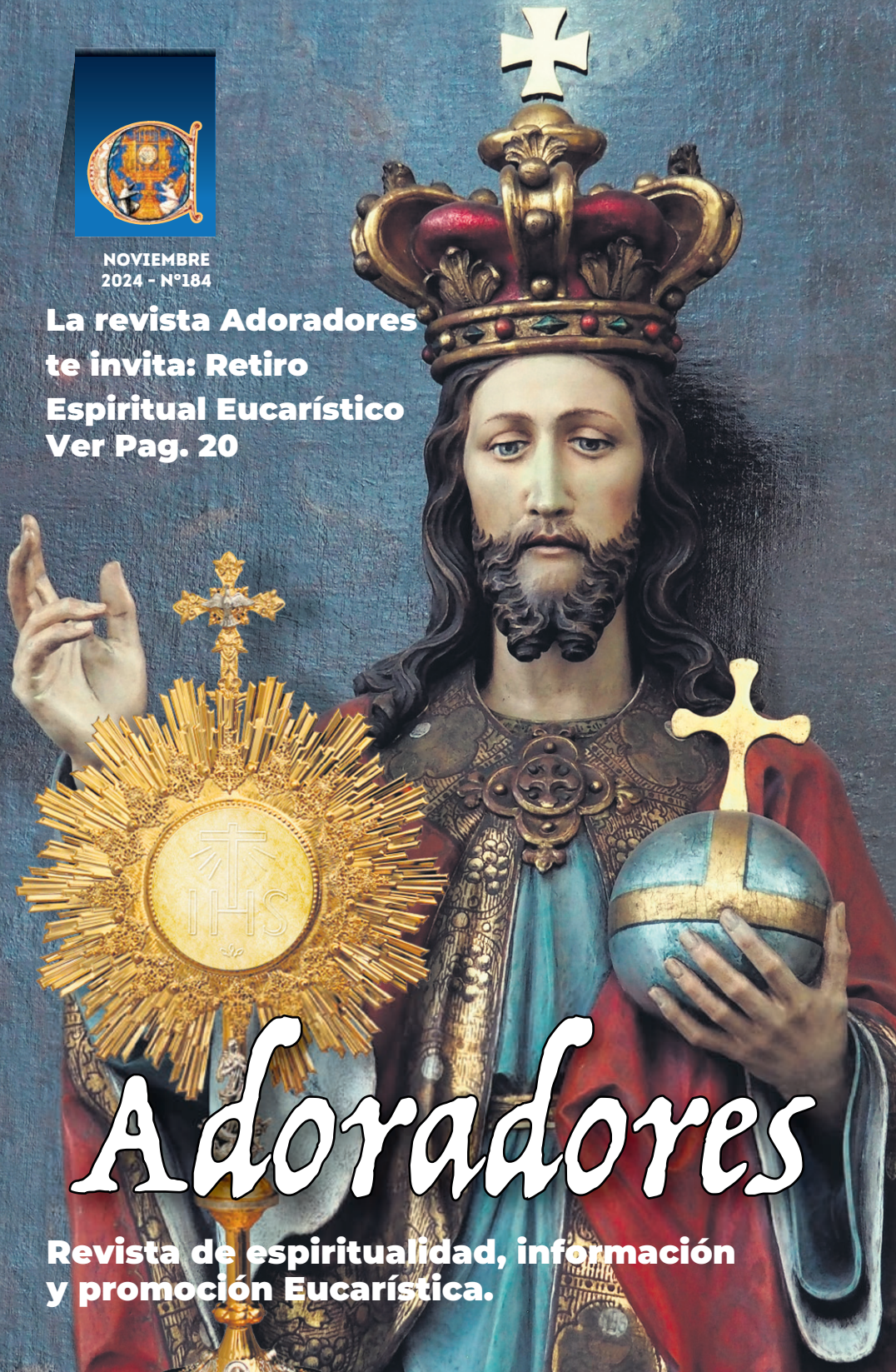




NOVIEMBRE
2024 - N°184

**La revista Adoradores
te invita: Retiro
Espiritual Eucarístico
Ver Pag. 20**



Adoradores

**Revista de espiritualidad, información
y promoción Eucarística.**



Hay dos clases de siervos:

Uno de ellos despojándose de sus bienes, dan a Dios no tan sólo los frutos del árbol, sino el árbol entero. Pág 08 y 09



El fin de la vida religiosa:

Debe ser toda para honrar a Dios; al igual que “el servidor favorito” no recoge flores más que para su Señor. Pág 14 y 15



Frecuentar la eucaristía:

Si ustedes, pudiendo, no comulgan ni visitan el Sagrario todos los días ¿cómo van a dar ganas a los demás de frecuentar el Sagrario? Pág 16 a 18

ñStaff:

Director: pbro. lic. Mauro Carlorosi co. Redacción: lic. María Inés Gómez Serra / Diseño: lic. Agustín Barbaglia/ Adquiera esta publicación por la red de **Cristo Hoy** o administracion@cristohoy.org // Algunas de las obras reproducidas en esta edición pueden estar eventualmente inscriptas en el registro nacional de la propiedad intelectual. Por informaciones al respecto dirigirse a Castro Barros 110, CP 4000 - San Miguel de Tucumán o llamar al tel: (54) 0381-4331151.



“Tú dices que soy rey”

Es una realeza singular la suya, tal que sólo pueden reconocerla los ojos de la fe.

Ala pregunta formal que le hizo Pilato: “¿Eres Tú el rey de los judíos?” (Jn 18, 33), Jesús responde explícitamente que su reino no es de este mundo y, ante la insistencia del procurador romano, afirma: “Tú dices que soy rey”, añadiendo inmediatamente después: “Para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad” (Jn 18, 37). De este modo declara cuál es la dimensión exacta de su realeza y la esfera en que se ejercita: es la dimensión espiritual que comprende, en primer lugar, la verdad que hay que anunciar y servir. Su reino, aun cuando comienza aquí abajo en la tierra, nada tiene, sin embargo, de terreno y trasciende toda limitación humana, puesto que tiende hacia la consumación más allá del tiempo, en la infinitud de la eternidad.

Todos nosotros estamos al servicio del Reino y, al mismo tiempo, en virtud de la consagración bautismal, hemos sido investidos de una dignidad y de un oficio real, sacerdotal y profético, a fin de poder colaborar eficazmente en su crecimiento y en su difusión.

Cristo subió a la cruz como un Rey singular: como el testigo eterno de la verdad. “Para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad” (Jn 18, 37). Este testimonio es la medida de nuestras obras, la medida de la vida. La verdad



por la que Cristo ha dado la vida —y que la ha confirmado con la resurrección—, es la fuente fundamental de la dignidad del hombre. El Reino de Cristo se manifiesta, como enseña el Concilio, en la “realeza” del hombre. Es necesario que, bajo esta luz, separamos participar en toda esfera de la vida contemporánea y formarla (...).

San Juan Pablo II



ADORADORES

Al iniciar la adoración

Esquema para una hora de adoración:

- 15 minutos iniciales de todas las semanas: Pp. 4 y 5
- 30 minutos de meditación: 1. Pp. 8-9; 2. Pp. 10-11;
3. Pp. 12-13; y 4. Pp. 14-15
- 15 minutos finales de todas las semanas: Pp. 6 y 7



Comencemos entrando en su presencia y adorando.

No te olvides: Jesús en la Eucaristía no es un “pan bendecido”; su presencia no depende de nuestra fe y no es una presencia simbólica, sino real y substancial.

Por lo tanto, a Dios Hijo encarnado y presente en el santo sacramento del altar, dirigimos nuestros actos de adoración:

Vengo, Jesús mío, a visitarte y a gozar de tu presencia.

Te adoro en el sacramento de tu amor.

Te ofrezco principalmente las adoraciones de tu santa Madre, de san Juan, tu discípulo amado y de las almas más enamoradas de la Eucaristía.

Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo. (Reflexionemos cinco minutos).

Delante de Jesús Eucaristía, vivimos nuestra fe.

No te olvides: “Tener fe es creer en lo que no se ve”. No vemos a Jesús visible,



pero creemos, por la fe de la Iglesia, que Jesús está en la Eucaristía con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. Reafirmemos nuestra fe diciendo:

Creo, Jesús mío, que eres el Hijo de Dios vivo que has venido a salvarnos.

Creo que estás presente en el augusto sacramento del altar.

Creo que has de permanecer con nosotros hasta que se acabe el mundo.

Creo que bendices y que atiendes los ruegos de tus adoradores. (Reflexionemos cinco minutos.)

La esperanza y el amor brotan de la fe

La esperanza cristiana se funda en la posibilidad de ir al Cielo, es decir, a la comunión de vida y de amor con las Tres Personas de la Trinidad, por la eternidad. Jesucristo fue quien, con su sacrificio en cruz, nos abrió las puertas del Cielo, nos dio la esperanza de la vida eterna, haciendo aparecer en el horizonte de nuestra existencia la posibilidad de la eternidad. La Eucaristía es un signo visible de esa esperanza porque el Dios, que dio la vida por nosotros en la cruz para llevarnos al Cielo, está en la hostia consagrada, alimentando nuestra esperanza, concediéndonos fuerzas y ánimo para llegar a la perfección de la vida cristiana, la salvación eterna. (Reflexionemos cinco minutos.)

Actos de contrición

No te olvides: la contrición del corazón es el acto de arrepentimiento perfecto, porque es salvífico.

Delante de Jesús Eucaristía hacemos actos de contrición:

¡Jesús mío, misericordia!

Jesús mío, te pido perdón por los muchos pecados que he cometido durante mi vida.

Por los de mi niñez y adolescencia.

Por los de mi juventud.

Por los de mi edad adulta.

Por los que conozco y no conozco.

Madre mía, intercede por mí ante tu divino Hijo Jesús.

¡Dulce Corazón de María, sé mi salvación!

Imploramos al Dios de la Eucaristía

Señor, que tu Reino venga a nosotros, que tu misericordia se derrame como un océano de amor infinito, como la luz brillante que esparce el sol en cenit sobre las almas de todos los hombres de todos los tiempos. Te suplicamos, Jesús Eucaristía, que tengas piedad y misericordia de nosotros, de nuestros seres queridos y de toda la humanidad, y danos la garantía de que somos escuchados en tu presencia eucarística, y alcánzanos el don de tu madre, la Virgen María, que sea como madre nuestra. A ella, Nuestra Señora de la Eucaristía, le pedimos que te alcance nuestros ruegos y los guarde en tu corazón.



Al culminar la adoración

Actos de amor

“Después de la meditación, nuestra alma se enciende con los mismos sentimientos de Cristo, cuyo Sagrado Corazón Eucarístico es horno ardiente de caridad y nos permite hacer actos de amor:

Te amo, Jesús mío, como a nadie.

Porque Tú me has amado infinitamente.

Porque Tú me has amado desde la eternidad.

Porque Tú has muerto para salvarme.

Porque Tú me has hecho

participante de tu divinidad y quieres que lo sea de tu gloria.

Porque Tú te entregas del todo a mí en la comunión.

Porque Tú estás siempre por mi amor en la Santa Eucaristía.

Porque Tú eres mi mayor amigo.

Porque Tú me llenas de tus dones.

Porque Tú me has enseñado

que Dios es Padre que me ama mucho.

Porque Tú me has dado por madre a tu misma Madre.

¡Dulce Corazón de Jesús, haz que te ame cada día más y más!

Te amo y te digo con aquel tu siervo:

¡Oh Jesús, yo me entrego a Ti para unirte al amor eterno, inmenso e infinito que tienes a tu Padre celestial!

¡Oh Padre adorable! Te ofrezco el amor eterno, inmenso e infinito de tu amado Hijo Jesús, como mío que es.

Te amo cuando tu Hijo te ama”. (S. Juan Eudes).

Damos gracias a Dios por sus inmensos dones para nosotros, que comien-

zan con la creación de nuestro ser, continúan luego con el don de la adopción filial y siguen con el “don inestimable” de su Hijo en la Eucaristía. Por todo esto, agradecemos a Dios también por lo que es él en sí mismo, Bondad, Misericordia y Amor infinitos, atributos todos que resplandecen en su presencia sacramental.

Actos de gratitud

Oh Jesús, te doy rendidas gracias por los beneficios que me has dado.

Padre Celestial, te los agradezco

por tu Santísimo Hijo Jesús.

Espíritu Santo que me inspiras estos sentimientos,

a ti sea dado todo honor y toda gloria.

Jesús mío, te doy gracias sobre todo por haberme redimido.

Por haberme hecho cristiano mediante el Bautismo, cuyas promesas renuevo.

Por haberme dado por madre a tu misma Madre.

Por haberme dado por protector a san José, tu padre adoptivo.

Por haberme dado al ángel de mi guarda.

Por haberme conservado hasta ahora la vida para hacer penitencia.

Por tener estos deseos de amarte y de vivir y morir en tu gracia.



Oración final

Jesús mío, dame tu bendición antes de salir, y que el recuerdo de esta visita que acabo de hacerte, perseverare en mi memoria y me anime a amarte más y más. Haz que cuando vuelva a visitarte, vuelva más santo. Aquí te dejo mi corazón para que te adore constantemente y lo hagas más agradable a tus divinos ojos. Adiós, adiós, Jesús mío.

Virgine

A



Dos clases de siervos

Continuamos con las reflexiones de San Pedro Julián Eymard, gran Apóstol de la Eucaristía.

“[Los religiosos] le sirven renunciando y despojándose de sus bienes; dan a Dios no ya tan sólo los frutos del árbol, sino el árbol entero”.

Dios tiene dos clases de siervos: los unos le sirven en el mundo y los otros en la vida religiosa.

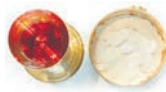
La renuncia de los bienes

Los primeros sirven a Dios sin renunciar a la posesión de sus bienes y

de su fortuna; pueden trabajar por adquirirla con tal que lo hagan con equidad y justicia.

Los segundos le sirven renunciando y despojándose de sus bienes; dan a Dios no ya tan sólo los frutos del árbol, sino el árbol entero.

Le sirven no como siervos mercena-



rios, sino como hijos, sin ambicionar otra cosa que la gloria de servirle ni más recompensa que Él mismo.

Al pie de la letra practican estas palabras de Jesucristo: “Si quieres ser perfecto, anda y vende cuanto tienes, y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo. Ven y sígueme” (Mt 19, 21).

Ya en este mismo mundo tendrán el céntuplo prometido a los que dejan todo por su amor.

Y Dios será para ellos una providencia maternal que les alimentará y vestirá por lo menos con tanto cuidado como un buen padre y una buena madre.

La entrega de la propia voluntad

Los primeros le sirven disfrutando de la libertad propia de su voluntad, cuyos actos le consagran, pero no la propiedad.

Los segundos dan a Dios la propia libertad y voluntad para servirle en la santa obediencia por su amor.

Este es el mayor sacrificio del hombre, así como el más perfecto; es el que hizo Jesucristo al obedecer hasta la muerte. De esta manera se cumple la abnegación evangélica exigida por Jesucristo para ser verdadero discípulo suyo al decir: “Si alguno quiere venir en pos de mí, nieguese a sí mismo”.

Tales son los pobres de espíritu, a quienes Dios promete la bienaventuranza: “Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. El reino de los cielos de este mundo consiste

en la paz y gozo del Espíritu Santo. Quien vive de obediencia corre de victoria en victoria y de mérito en mérito. Su vida aparece completamente llena a los ojos de Dios, porque corresponde siempre a su voluntad.

La renuncia a los placeres

Los primeros sirven a Dios gozando con sobriedad de los placeres de la vida.

Los segundos le sirven por la continua mortificación en la sobriedad misma. En cuanto al sueño, descanso, alimento y cuidado de la vida, no dan al cuerpo más que lo necesario. Como el apóstol, someten incesantemente el cuerpo a servidumbre. No conceden a los sentidos más que la libertad para el bien; en una palabra, tratan siempre de ser como una hostia pura, santa y agradable a los ojos de Dios.

Al corazón no le dejan libre si no es para amar a Dios, y por Dios y en Dios al prójimo.

Ya nada quieren para sí mismos, ni estima, ni afecto personal, ni favores, ni protección, ni dones, ni recuerdos humanos.

El amor de Dios, he ahí su vida.

Ser amados de Dios, he ahí su único deseo.

Poseer a Dios, he ahí toda su ambición.

No estiman la vida sino porque sirve para glorificar a Dios; no estiman la tierra sino porque es un calvario de amor, ni el cielo sino para alabar y bendecir a Dios eternamente.



Todo por amor

El autor nos propone morir a nosotros mismos y al mundo si queremos ser discípulos de Jesús.

¿A qué condición pone Jesucristo su reinado en la vida religiosa? La de dejarlo todo por amor. Así, quien quisiere ser verdadero discípulo de Jesucristo debe:

Muerto al mundo

Renunciar a la vida civil, es decir, no tener nada propio, estar muerto al mundo.

No tener nada propio es reducirse al estado de un pobre que no tiene nada y nada puede adquirir, viviendo de limosnas y de agradecimiento. El religioso es un pobre voluntario que la religión alimenta y mantiene por amor de Jesucristo.

Estar muerto al mundo equivale a no vivir en su estima, en su afecto, en sus honores ni en sus placeres; quiere decir que se vive en la tierra como extranjero y desterrado. ¡Venturosa pobreza la que nos libra de la esclavitud de los bienes de este mundo para ser de Dios!

¡Venturosa pobreza la que nos hace amigos y hermanos de Jesucristo! Así es el amor perfecto, que dice a Dios: “Te amo, Dios mío, más que todos los bienes, más que todos los honores, más que todas las posiciones ventajosas que pudiera lograr en este mundo; a todo eso renuncio por tu amor”.

Y Jesucristo contesta: “Te daré el céntuplo en este mundo, y en el otro yo mismo seré tu recompensa”.

Conservar la castidad

Otra cosa que hace falta para ser religioso es abrazar la continencia y llevar vida angélica en cuerpo de pecado.

Para conservar la castidad en toda su pureza y vigor es necesario abrazar la mortificación de Jesucristo, no dar al cuerpo más que lo preciso, vivir sobriamente y tener los sentidos sujetos a la ley de nuestro Señor. Es necesario no tener más amor que a Jesucristo o al prójimo; y aun el amor al prójimo tiene que ir envuelto en el de Jesucristo; y por lo mismo, fuerza es renunciar a toda amistad puramente natural, y con mayor razón a la que pudiera ser pecaminosa.

“Muertos están, dice san Pablo, y sus vidas están escondidas con Cristo en Dios” (Col 3, 3). ¡Dichosa vida la que nos convierte en paraíso de delicias de la santísima Trinidad!

ADORADORES

“El religioso es un pobre voluntario que la religión alimenta y mantiene por amor de Jesucristo”.



Negarse a sí mismo

Para ser religioso perfecto hay que negarse a la voluntad propia por amor de Dios y ponerse bajo obediencia; “el que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo”, ha dicho Jesucristo.

Negarse a sí mismo quiere decir renunciar al espíritu propio, a los juicios, gustos y deseos personales, para seguir como un niño la divina ley de la obediencia. Lo cual es un holocausto perfecto, un sacrificio siempre nuevo y una inmolación que nunca deja de crucificar. Pero es también el amor de Dios siempre en acción, es la regia virtud del Salvador, que nunca dijo una palabra ni obró acto alguno en toda su vida sin antes hacerla pasar por la obediencia. En la obediencia encuentra el religioso toda clase de gracias, duplica sus merecimientos, se pone en el estado más perfecto y goza de una paz y de una libertad de espíritu que es un encanto.

Sujeto a la regla

La vida del religioso es vida sujeta a regla. Todas sus acciones van reguladas y determinadas, y todas sus horas las ocupa el servicio de nuestro Señor.

Lo mismo su comida como su descanso obedecen a una ley; es el criado ocupado siempre en el servicio de su amo o a su disposición. Se parece a los ángeles del cielo que están de continuo delante del trono de Dios, listos a volar a la menor señal de su voluntad. ¡Dichosa servidumbre que no deja tiempo para la pereza ni para la sensualidad de la vida! ¡Dichosa esclavitud que nos deifica por completo!

¡Bendita sea la regla que para el religioso es voz de Dios, llena de gracia y de amor!



Gracias más abundantes

“Las aguas de la gracia le riegan más a menudo. [...] Es como el centro del cielo y de la tierra. ¡Claro! ¡Como es religioso de Jesucristo!”.

Invitación a meditar sobre los muchos beneficios de la vida religiosa.

San Bernardo enumera admirablemente las gracias de la vida religiosa: Es santa, pura e inmaculada esta vida religiosa en la que el hombre vive con mayor pureza, cae más raramente, se levanta con mayor prontitud, anda con más cautela, recibe con mayor frecuencia el riego de la gracia, descansa más seguramente, muere con mayor confianza, más pronto es purgado y premiado más copiosamente.

1° Vive más puro

El religioso vive con mayor pureza que en el mundo, porque se encuentra lejos de las vanidades, halagos y escándalos de este; porque, como los ángeles en el cielo, sólo vive para Dios. Está muerto al mundo y vive únicamente en Dios con Jesucristo.

2° Cae más raramente

Cae más rara vez en el pecado, porque no se le presenta ocasión tan fácil, y ade-



más porque se encuentra sostenido en el bien por tantas gracias y buenos ejemplos.

Como su fervor recibe continuo y buen alimento, es agujoneada la virtud y la regularidad actúa siempre, cae menos en la tibieza, mal tan común y temible.

3º Se levanta más rápido

Se levanta con mayor prontitud. Nadie es impecable, pues pecó el ángel en el cielo. Adán en el paraíso y Judas en la compañía de Jesús; más el religioso que ha caído no queda ni puede quedar por mucho tiempo en el pecado. Él no está solo. Es ayudado por la caridad de sus hermanos que le amonestan, animan, ayudan a levantarse y le sostienen en su flaqueza.

Ni le sería posible quedarse por largo tiempo en pecado, pues que todo le recuerda su deber y le pone en la venturosa necesidad de ser todo para Dios. De ahí aquella sentencia: "Perseverar en la vocación es asegurar la perseverancia final".

¡Cuántos pecadores viven y mueren en el mundo en sus pecados porque nadie sale a ayudarles!

4º Anda con más cautela

Anda con más prudencia y seguridad, por lo mismo que está cierto de que procede según la voluntad de Dios y de que no se desvía en el camino de la obediencia. Es el camino de lo más perfecto.

5º Recibe con más frecuencia

Las aguas de la gracia le riegan más a menudo. Todo lo que hay en Dios de misericordia y bondad, de amor en Jesucristo y de favores en la santa Iglesia; todo lo que hay de celo en la caridad fraterna y de dulzura y consuelo en el ser-

vicio de Dios, todos esos bienes son la herencia del religioso. Es como el centro del cielo y de la tierra. ¡Claro! ¡Como es religioso de Jesucristo!

6º Descansa más seguro

Disfruta de dulce y verdadera paz, de la paz de Jesucristo que encierra todo consuelo y todo bien, la cual es gusto anticipado del cielo y celestial testimonio de que Dios está contento de su trabajo. Es el fruto de su amor.

7º Muere más confiado

Los religiosos mueren con mayor confianza. La muerte es suave para quien ha servido bien a su buen Señor. Da gusto morir a sus pies y en sus brazos. Sólo un pesar puede tener: el de no tener mil vidas para poder consagrarse las todas.

La muerte de un religioso es el último acto de amor que redondea su corona. ¡Oh! ¡Muera yo con la muerte del justo!

8º Es purgado más pronto

Se purifica antes de sus faltas. Las oraciones y satisfacciones de sus hermanos de la tierra abrevian y alivian los sufrimientos que padece en el Purgatorio. La comunidad a la que pertenece, madre suya, no toma, descansa ni experimenta alegría en tanto no tenga cierta seguridad de que está en el cielo. ¡Pronto se le olvida a uno en el mundo, pero no así en la vida religiosa!

9º Recibe un premio mayor

El religioso recibe en el cielo una recompensa más espléndida, participando de la gloria, de la felicidad y del poder de Jesucristo, por cuyo amor lo sacrificó todo, incluso su misma vida.

Se acabó el combate: ya es tiempo del triunfo eterno.



Finalidad de esta vida

El autor nos propone apreciar el valor de la Eucaristía como único fin de los consagrados.

Nuestro Señor presente en el santísimo Sacramento es todo el fin de la vida religiosa.

Servirle por el culto solemne de la adoración, trabajar para que le glorifiquen todos por medio del apostolado eucarístico, he ahí toda la vida del religioso.

Servir a Jesucristo

Mi fin consiste en servir a la adorable persona de Jesucristo. ¿Puede haber uno más excelso o perfecto en la tierra y en el cielo?

Merced a este fin me hago miembro de la guardia de honor que merece tener en el santísimo Sacramento, del mismo modo que los reyes de la tierra tienen la suya.

Por él soy siervo suyo hartamente feliz de estar consagrado a su adorable Persona.

Me hago miembro de su familia, viéndolo siempre cerca de Él, alrededor de su trono de gracia y de misericordia como los ángeles en el cielo.

¿Qué puedo apetecer, pues, en la tierra, sino un amor tan grande como Merece este divino Señor?

La Eucaristía: mi único amo

Servir a Jesús presente en el santísimo Sacramento es mi único fin; Jesús sacramentado es mi único amo.

1.º Todo mi ser debe estar única y exclusivamente consagrado a Él; los pensamientos, el estudio y la ciencia de mi inteligencia no deben tener otro blanco que conocer a Jesús, y a Jesús eucarístico. Toda la capacidad de amar que mi corazón posee ha de ser para servirle. Todas las fuerzas de mi voluntad no deben tener otra regla, ni mis trabajos otro fin. Todo para Jesús en el santísimo Sacramento debe ser la divisa de mi vida.

2.º Toda mi piedad y todas mis virtudes deben ser eucarísticas. Por tanto, todos los ejercicios de devoción deben ser un homenaje a la divina Eucaristía. No debo amar ni practicar las virtudes, por perfectas que sean, sino para honrar al Dios de la Eucaristía, de igual modo que el servidor favorito no recoge flores más que para su Señor. No debe haber en mí deseo ni proyecto que no se refiera al servicio y a la gloria de mi amo, dado que soy de Él y todo para Él.

La Eucaristía: mi fin perpetuo

Servir a Jesús en el santísimo Sacramento es mi fin perpetuo. Adorar a Jesús continuamente bajo los velos de su Sacramento, y después eternamente en la Gloria, tal es mi ocupación para siempre jamás. De suerte que co-



“No debo [...] practicar las virtudes, [...] sino para honrar [a la] Eucaristía, de igual modo que el servidor favorito no recoge flores más que para su Señor”.

mienzo al pie de los altares lo que haré perfectamente en el cielo. ¡Qué dicha!

Si tomáramos por fin una virtud, como, por ejemplo, la penitencia, la caridad con el prójimo o el celo apostólico, no siempre la realizaríamos de un modo actual, ni nos sería esto posible, ya porque nos faltaría el objeto, ya porque no tendríamos fuerzas para practicarla, en tanto que adorar a Jesús sacramentado siempre lo puedo. No hay momento en que no pueda mantener relaciones de amor y de servicio con mi divino Señor. Todas las acciones pueden ser una adoración. Nadie puede separarme o privarme de Jesucristo.

De modo que siempre puedo participar de la dicha de la corte celestial y gozar de la presencia de Jesús; en mi mano está vivir sin cesar en Él y para

Él, pues que tiene dicho: “El que me coma vivirá para mí; él morará en mí y yo en él”.

La Eucaristía, he ahí el tesoro del religioso; para adquirirlo debe vender todo lo que posee.

La Eucaristía, he ahí la tierra que le es prometida como la que se prometió a Abrahán; para entrar en ella debe dejar patria, familia, casa, e ir a la Tierra de la visión.

La Eucaristía es el festín nupcial del Hijo del divino rey, al que he sido convidado, más con la condición de dejar todo para llegar puntualmente a la hora y adornado con el manto regio de la buena voluntad.

La Eucaristía es el reino de Dios en la tierra. Templo suyo es mi cuerpo, trono mi corazón, mi voluntad humilde sierva y triunfo mi amor.



¡Hoy he comulgado!

Cuándo se tiene a Él ¿puede faltar algo?



Si ustedes, pudiendo, no comulgan ni visitan el Sagrario todos los días ¿cómo van a dar ganas a los demás de frecuentar el Sagrario?

Todos los días, cuando comulgo, siembro en mi corazón la semilla más profunda y eficaz de la humildad, de la pureza y del amor... ¡Dios mío! cuántas veces tengo que preguntarme avergonzado: ¿y la flor y el fruto de mi

comunión? ¡Cuidado con la tierra de mi corazón!

Queridos adoradores, ¿cómo llamarían a una persona que recibiendo cada mañana un millón de pesos, estuviera sin tino todo el día y casi sin sueño la



noche, preocupada de que le habían dado unos pesos de menos o que le podrían haber dado unos pesos de más?

¿Loca? ¿tonta? ¿digna de...? ¡muchas cosas! ¿verdad? Pues ¡poco a poco!, que están calificando a mucha gente piadosa y quizás a ustedes mismos.

Dime, almas de comunión cada mañana y de mal humor todo el día, o muchas horas del día por el gran motivo de la arruga que sacó el vestido, del juguete que rompió la niñera, de la mala cara que les pusieron o creíste que te ponían, del dolorcito de cabeza, de la contrariedad de un gusto, de cualquiera de las crucecitas reales o imaginarias con que los prueba y los purifica en cada hora el Jesús de tu comunión... Dime ¿hay mucha diferencia entre un proceder y otro?

¡Qué!, ¿no vale más que el millón de pesos diario tu comunión diaria, y en comparación de ella no valen menos que unos pesos todos esos gustos de que te privan esas crucecitas de cada hora?

Queridos adoradores, si tuvieran no solamente Fe, sino espíritu de Fe de sus comuniones diarias ¡cómo dejarían de mendigar centavos de bienes de la tierra y dejarían en la paz inalterable y en el gozo, que supera a todo sentir de lo bueno del cielo de sus mañanas de Sagrario!

¡Gocen todo el día de su Comunión de cada mañana!

Es decir: ¡Estén contentos con Jesús! El mundo, tan de manga ancha para juzgar a los suyos y tan de manga estrecha para sus enemigos, exige a los

que comulgan todos los días vida y hasta milagros de santos; esto es un extremo vicioso.

Pero ¿no será tan vicioso como este extremo el pretender amalgamar la comunión diaria de la mañana con el teatro diario y el baile diario y el cine diario y el escote diario y las frescuras de la carne diarias?

Tan vicioso que los ángeles de la guarda apenados, las almas rectas y hasta los mismos mundanos exclamarán ante quienes lo hagan, en el tono más triste: ¿Pero ésta comulga todos los días?

En cambio, ¡qué consuelo recibo cuando por toda explicación a la modestia de una jovencita, a la caridad oculta de una dama, a la generosidad en perdonar de un ofendido, a la rectitud de las miradas, a la limpieza de vida y a la paz de alma de un cristiano se pone esta frase: “Como que comulga todos los días”.

¡Hoy he comulgado! Esto debe querer decir que hoy por lo menos tengo obligación de poner buena cara y mejor corazón a los que me rodean o viven conmigo, me gusten o me repugnen.

Atreviéndose Él a quedarse conmigo ¿puedo yo rechazar a alguien?

¡Hoy he comulgado!

Esto debe querer decir que, hoy por lo menos no me voy a inquietar por ninguna cosa que me falte. ¡Cuándo se lo tiene a Él! ¿puede faltar algo?

En dos tonos he oído decir esta misma frase: “Comulga todos los días”: uno triste y otro alegre.

Dicha en el primero equivale a esta otra: ¿Pero comulga todos los días?



ADORADORES



¡Hoy he comulgado! Esto debe querer decir que hoy por lo menos tengo obligación de poner buena cara y mejor corazón a los que me rodean o viven conmigo...

Dicha en el otro viene a expresar:
¡Como que comulga todos los días!

Queridos adoradores, los que los rodean y ven su proceder de cada día ¿en qué tono dicen que comulgan?

Almas de comunión diaria y de mal genio diario y de resentimientos diarios: ¿Se han fijado en la obligación que impone a tu genio y a tu corazón ese Jesús, que a pesar de tus casi constantes faltas con Él, te visita cada día con la misma buena cara y el mismo propicio corazón?

Queridos adoradores, que no se les olvide que nadie da lo que no tiene.

Si ustedes, pudiendo, no comulgan ni visitan el Sagrario todos los días ¿cómo van a dar ganas a los demás de frecuentar el Sagrario?

Y mirad que cuando digo pudiendo, quiero decir que hay que hacer para comulgar todo lo que se pueda y un poquito de lo que no se pueda.

Por algo se dijo que más hace el que quiere que el que puede.

San Manuel González



RETIRO ESPIRITUAL EUCARISTICO

DEL 29 DE NOVIEMBRE AL 1 DE DICIEMBRE

ENCUENTRO

CON JESUS SACRAMENTADO

CONVERSION Y SANTIDAD EUCARISTICA

EN CASA BETANIA-LA FALDA-CORDOBA

2024

**CAMBIA TU VIDA Y TU HOGAR
DESDE LA ADORACION**



RESERVAS:



+5493815611581



WWW.CASABETANIALAFALDA.COM.AR



Santo del mes: 4 de noviembre, san Carlos Borromeo

¡Qué importante es comulgar a menudo!

San Carlos Borromeo se preocupó de promover tres devociones que marcaron su dimensión espiritual: la devoción al Crucifijo, a la Santísima Virgen María y a la Eucaristía.

San Carlos Borromeo nació en Italia en 1538 en el seno de una familia noble. Su tío fue el Papa Pío IV, quien lo mandó llamar a Milán para que lo asista en la administración de su pontificado.

Pío IV lo hizo ocupar altos cargos eclesiásticos, en los que se desempeñó con eficiencia, pulcritud y humildad. Fue nombrado arzobispo de Milán y posteriormente cardenal. Participó en la organización y desarrollo del Concilio de Trento, haciendo una importante contribución desde la Secretaría de Estado del Vaticano.

Como funcionario, se preocupó por la formación de los sacerdotes. Destituyó a muchos presbíteros indignos y los reemplazó por personas que cumplían con las condiciones de honorabilidad y fidelidad a la Iglesia.

Por su diligencia y celo evangélico, así como cosechó muchos frutos para Dios, se hizo de muchos enemigos. Incluso, en alguna oportunidad, su vida corrió grave peligro cuando un grupo de miembros de la orden de los Humiliati, poseedora de monasterios, tierras y otras

propiedades, intentaron desprestigiarlo ante el Papa.

Al no conseguir su cometido, tres priores de dicha orden armaron un complot para matarlo, y Jerónimo Donati, sacerdote de los Humiliati, disparó a Borromeo mientras rezaba en la capilla de su casa, pero providencialmente solo quedó herido.

Durante la peste que se propagó en Milán, san Carlos se puso al cuidado de los enfermos. Fue el organizador del clero y las órdenes religiosas que salieron al encuentro de los contagiados, necesitados de asistencia médica y espiritual. Borromeo atendió perso-



San Carlos dando la comunión a los enfermos de la peste.



La Eucaristía sin duda fue la fuente inagotable de humildad y caridad pastoral para San Carlos Borromeo. Este sacramento -fuente y cumbre- fue el centro de toda su vida; fue alimento, fortaleza e impulso para amar, para darse y servir con humildad y generosidad



nalmente a cientos de moribundos, y fue gestor de la ayuda económica a las víctimas y sus familias.

Fue amigo de mucha gente de bien y servidores de la Iglesia, algunos de ellos santos, como es el caso de san Francisco de Borja, san Felipe Neri, san Pío V, san Félix de Cantalicio, san Andrés Avelino, entre otros. Carlos fue quien le dio la primera comunión a un adolescente que luego fue santo: a san Luis Gonzaga.

A los 46 años cayó enfermo y finalmente fue llamado a la presencia de Dios el 4 de noviembre de 1584.

Un legado eucarístico

En sus homilias enseñaba cuán importante es perseverar y ser asiduos en recibir la Eucaristía: “Cuando recen el Padrenuestro, hijos, pidan que les sea dado el pan de cada día; pidan al Señor este pan, aquel que nutre su alma. Cuando comiences a recibirlo con frecuencia, lo sé, no sentirás inmediatamente los inmensos frutos que surgen de él; pero debes perseverar. Incluso aquellos que plantan un árbol, lo riegan y limpian la tierra a su alrededor, no lo ven crecer inmediatamente ni ven en seguida los frutos. Hijos, se necesita paciencia y perseverancia”.